

Pelagianismo histórico y actual



Publicidad de una marca de motos

Por:
José María Iraburu

El mundo pre-cristiano apenas conoce la libertad del hombre, y tanto en los sistemas filosóficos como en los religiosos predominan los fatalismos deterministas de una u otra especie. Por el contrario, partiendo de la Revelación ya iniciada en Israel, y con muy pocos apoyos culturales, en Cristo, en la plenitud de los tiempos, es la Iglesia la que descubre (inventa) la libertad del hombre y la que difunde este conocimiento en todas las naciones. De ahí nace la cultura occidental, la que se ha mostrado en la historia como la más potente para transformar los pueblos y el mundo visible. Pues bien, en los siglos IV y V, después de la conversión de Constantino, se ve la Iglesia invadida por multitudes de neófitos, lo que trae consigo un descenso espiritual notable en relación con los precedentes siglos martiriales y heroicos.

En esos años surge Pelagio (354-427), monje lego de origen británico, un hombre riguroso y ascético, que ante la mediocridad espiritual imperante, predica un moralismo muy optimista sobre las posibilidades éticas del hombre. San Agustín, el más fuerte de sus contradictores, resume así la doctrina pelagiana:

«Opinan que el hombre puede cumplir todos los mandamientos de Dios, sin su gracia. Dice [Pelagio] que a los hombres se les da la gracia para que con su libre albedrío puedan cumplir más fácilmente cuanto Dios les ha mandado. Y cuando dice “más fácilmente” quiere significar que los hombres, sin la gracia, pueden cumplir los

mandamientos divinos, aunque les sea más difícil. [Èntienden que] La gracia de Dios, sin la que no podemos realizar ningún bien, es el libre albedrío que nuestra naturaleza recibió sin mérito alguno precedente. Dios, además, nos ayuda dándonos su ley y su enseñanza, para que sepamos qué debemos hacer y esperar. Pero no necesitamos el don de su Espíritu para realizar lo que sabemos que debemos hacer. Así mismo, los pelagianos desvirtúan las oraciones de la Iglesia [¿Para qué pedir a Dios lo que la voluntad del hombre puede conseguir por sí misma?]. Y pretenden que los niños nacen sin el vínculo del pecado original» (ML 42,47-48).

El pelagianismo niega el pecado original. Niega que el hombre fuera constituido en santidad y justicia, y que el pecado de Adán, transmitido a sus descendientes por la generación, le hiciera perder la gracia de Dios, estableciéndolo en un estado de pecado, del que sólo puede salvarse con la asistencia de la gracia divina que le es ganada por Cristo. Cree, por el contrario, que la naturaleza del hombre está sana y que por sus propias fuerzas puede su libre albedrío mantenerse en el bien. Aprecia el buen ejemplo de Cristo y el valor de las enseñanzas del Evangelio, pero profesa un puro naturalismo, no poco afectado por la ética estoica.

Conocemos estas enseñanzas de Pelagio sobre todo por los escritos de sus discípulos principales, el presbítero Celestio y el obispo Juliano de Eclana. Y también a través de los doctores católicos que combatieron su doctrina, como San Jerónimo, el presbítero Orosio, San Agustín, San

Próspero de Aquitania. Sus doctrinas fueron en principio aprobadas por varios obispos –Jerusalén, Cesearea, sínodo de Dióspolis (a.415)–, e incluso por el papa Zósimo (417-418).

La Iglesia rechaza muy pronto el pelagianismo con gran fuerza. En cuanto sus doctrinas fueron mejor conocidas, entiende la Iglesia que es absolutamente incompatible con las enseñanzas de la Sagrada Escritura y de la Tradición (435-442, Indiculus; 529, Orange II; 1547, Trento; 1794, Errores del Sínodo de Pistoia). Reproduzco sólo un fragmento del Indiculus, colección de proposiciones reunida al parecer en Roma por San Próspero de Aquitania, confirmada en el 500 por la Santa Sede romana (Dz 238-239):

«Dios obra sobre el libre albedrío en los corazones de los hombres, de tal modo que el santo pensamiento, la buena decisión y todo movimiento de buena voluntad procede de Dios, pues por Él podemos algún bien, y “sin Él no podemos nada” (Jn 15,5)» (cap. 6). Por tanto, «confesamos a Dios por autor de todos los buenos efectos y obras y de todos los esfuerzos y virtudes por los que, desde el inicio de la fe, se tiende a Dios, y no dudamos que todos los merecimientos del hombre son prevenidos por la gracia de Aquel por quien sucede que empecemos tanto a querer como a hacer algún bien (cf. Flp 2,13). Ahora bien, por este auxilio y don de Dios no se quita el libre albedrío, sino que se libera... [Y así Dios] obra, efectivamente, en nosotros que lo que Él quiere, nosotros lo queramos y hagamos, y no consiente que se quede ocioso en nosotros lo que nos dió [la voluntad libre]

para ser ejercitado, y no para ser descuidado, de modo que seamos también nosotros cooperadores de la gracia de Dios» (cap. 9).

No me alargo aquí en la descripción del pelagianismo porque ya la hice en dos artículos de 2010:

(59) Grandes rebajas del cristianismo –III. pelagianismo actual. 1 (28-01-2010). -Pelagianismo. -Arrianismo y pelagianismo. -Pelagianismo silencioso. -Signos actuales del cristianismo pelagiano: -Pecado original. -Adulación del hombre. -Moralismo. -Eticismo naturalista. -Devaluación de la gracia, -de la oración de petición -de la Eucaristía y los sacramentos. -Sobrevaloración de terapias naturales.

(60) Grandes rebajas del cristianismo –y IV. pelagianismo actual. y 2 (31-01-2010). -El hombre a solas con el hombre. -Fuentes modernas del pelagianismo. -Karl Rahner, S. J. - Hans Küng. -«¿Rehabilitar a Pelagio?» -El pelagianismo actual en sus versiones principales: -roussonianas, -terapias naturales, -sincretista, -liberacionista. -Pablo VI, Credo del Pueblo de Dios. -San Jerónimo.

* * *

El pelagianismo niega la experiencia de los hombres. Niega lo que experimenta cualquier pagano consciente, como el poeta Ovidio (43 aC-17 dC): «video meliora proboque, deteriora sequor» (veo lo que es mejor y lo apruebo, pero sigo lo peor: Metamorfosis VII,20). ¿Puede acaso haber algún hombre –algún ser racional– que niegue la realidad de esa situación mental y volitiva?... El pelagianismo niega

lo que la historia informa acerca de todos los siglos conocidos. Niega lo que día a día comprobamos por los medios de comunicación sobre la vida de las personas y de las naciones: calamidades sin fin... Hay que reconocer que el optimismo antropológico pelagiano, negando la realidad patente del mundo humano, solamente puede ser profesado en un estado espiritual de estupidez muy profundo. Es capaz incluso de sorprenderse ante ciertos males acontecidos en el mundo: «¡que esto suceda en pleno siglo XX!»... ¿Y qué le ocurre al siglo XX para que en él sean inexplicables ciertos males enormes? Al siglo XX o al XXI o al VIII... Por lo demás, no se conoce siglo que haya superado al siglo XX en ateísmo, mártires cristianos, guerras, genocidios, millones de muertos por violencia humana, perversión del pensamiento, etc.

El pelagianismo, más aún, niega la doctrina y la experiencia cristiana. Niega lo que con mayor conciencia sabe y experimenta en su vida moral el cristiano: «no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero... Es el pecado que habita en mí» (Rm 7,14-25). Pablo y Ovidio dan testimonios netamente antipelagianos sin duda coincidentes: la naturaleza humana está terriblemente trastornada en pensamiento y voluntad, en sentimientos y obras; está herida, mortalmente enferma; es una naturaleza caída.

«Vosotros estabais muertos por vuestros delitos y pecados, en los que en otro tiempo habeis vivido, siguiendo el espíritu de este mundo, bajo el príncipe de las potestades aéreas [el diablo], bajo el espíritu que actúa en los hijos rebeldes; entre los cuales todos nosotros fuimos también contados en

otro tiempo, y seguimos los deseos de nuestra carne [mundo-diablo-carne]... Pero Dios, por el gran amor con que nos amó... nos dió vida por Cristo: de gracia habéis sido salvados» (Ef 2,1-10; Trento: Dz 1511).

Pero «el número de los necios es infinito» (Ecl 1,15). Resulta duro decirlo, pero es la verdad. Hoy, quizá por soberbia de especie humana, por ideologías filosóficas, por democratismo o por lo que sea, esta verdad patente suele mantenerse silenciada. Sin embargo, no por eso deja de ser verdadera. La descubre fácilmente la razón natural; pero además nos la enseña la Palabra divina: «ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición, y son muchos los que por ella entran. Y qué estrecha es la puerta y que angosto el camino que lleva a la vida, y qué pocos son los que dan con ellos» (Mt 7,13). «Vosotros sois malos» (Mt 7,11). «Vosotros tenéis por padre al diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro padre... Él es homicida desde el principio... Él es mentiroso y padre de la mentira. Si os digo la verdad ¿por qué no me creéis?» (Jn 8,41-46). Los autores espirituales, como Kempis, lo han dicho siempre: «son muchos los que oyen al mundo con más gusto que a Dios; y siguen con más facilidad sus inclinaciones carnales que la voluntad de Dios» (Imitación III,3,3).

La condición defectuosa del género humano es algo excepcional dentro de la armonía general del cosmos. Los astros siguiendo sus órbitas con toda exactitud, las plantas germinando a su tiempo, los animales dando cumplimiento continuo a sus instintos naturales, toda la Creación es una obediencia universal al Creador. El hombre es la única

criatura que desentona habitualmente en esta sinfonía, y en el que la desobediencia al Creador —es decir, a su propia naturaleza y vocación— es más frecuente que la obediencia. Así lo reconoce Santo Tomás, tan bondadoso y sereno en sus consideraciones:

«Sólo en el hombre parece darse el caso de que lo malo sea lo más frecuente (in solum autem hominibus malum videtur esse ut in pluribus); porque si recordamos que el bien del hombre, en cuanto tal, no es el bien del sentido, sino el bien de la razón, hemos de reconocer también que la mayoría de los hombres se guía por los sentidos, y no por la razón» (STh I,49, 3 ad5m). Ésa es la realidad, y por eso «los vicios se hallan en la mayor parte de los hombres» (I-II,71, 2 præ.3).

Todo esto, claro está, tiene consecuencias nefastas para la vida personal, familiar, social y cultural, pues «la sensualidad (fomes) no inclina al bien común, sino al bien particular» (I-II,91, 6 præ.3). Y si la verdadera prudencia es la única capaz de conducir al bien común, reconozcamos que «son muchos los hombres en quienes domina la prudencia de la carne» (I-II,93, 6 præ.2).

Hago notar, de paso, que hoy hablar del estado indeciblemente malo de la raza humana está prohibido a los cristianos, incluso, en cierto grado, dentro de la misma Iglesia. No puede hablarse del pecado original, que muda al hombre en peor, en cuerpo y alma; que inclina su mente al error y su voluntad libre al mal; que lo hace cautivo del mundo y de su príncipe, el diablo. Hablar mal del hombre

está permitido, e incluso recomendado en el mundo, en el cine y la literatura, en filosofía y psicoanálisis, en los medios de comunicación, en pintura o teatro. Es incluso una nota progresista. Está de moda. El anti-héroe es hoy el protagonista en gran parte de las manifestaciones artísticas y culturales del mundo secular. Pero por el contrario, queda prohibido hablar del profundo mal del hombre a la predicación cristiana, que por esa vía se ve descalificada. Y que por eso calla tanto esa verdad.

Es decir, todos pueden hoy hablar de los males profundos de la humanidad menos los Obispos, predicadores y teólogos. Y es que la doctrina cristiana ve la defectuosidad tremenda del ser humano en términos de «pecado» y de posible «castigo eterno». Y eso el mundo no lo aguanta. Más aún: es que el cristianismo afirma que la naturaleza humana pecadora no tiene remedio por sí misma, y requiere absolutamente un Salvador divino, con poderes sobre-humanos, que salve por pura gracia. Horror: eso es inadmisibile para la soberbia del pensamiento actual mundano. Bien sabemos que toda la Escritura y la doctrina cristiana consideran siempre la miseria del hombre en el fondo permanente de la misericordia divina. Pero el mundo tampoco quiere saber nada de una salvación por gracia, por misericordia, por don gratuito de Dios. No reconociendo más que al hombre, se ve obligado a poner sólo en él sus esperanzas...O más bien, de hecho, su desesperación. «Acordaos de que un tiempo vosotros... estuvisteis sin Cristo... sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Ef 2,11-12).

* * *

Hombre y ciudad abajo

El pelagianismo es una herejía permanente, hoy muy presente entre los bautizados. Al paso de los siglos se produce y reproduce en la Iglesia con formulaciones y palabras renovadas. Los pelagianos actuales no derivan, por supuesto, de Pelagio y de su ascetismo vigoroso, pero en su aceptación imbécil del optimismo antropológico del liberalismo, por ejemplo, de un Rousseau, coinciden con algunas tesis fundamentales del pelagianismo. Es fácil comprobar, concretamente, que ciertas orientaciones de la teología de la secularización y de la teología de la liberación están profundamente marcadas por el sello pelagiano.

Puede decirse, en general, que hay pelagianismo —cuando la predicación apremia la conducta ética de los hombres, sin aludir, o apenas, a la necesidad de la gracia de Cristo, como si ellos por sí solos pudieran ser buenos y honestos, y también eficaces en la transformación de la sociedad, con tal de que se empeñen en ello. Hay pelagianismo —cuando el cristianismo cae en el moralismo y se dejan a un lado los grandes temas dogmáticos, la Trinidad, la presencia eucarística, etc., de tal modo que la moral individual y social no aparecen necesariamente unidas al vivir en Cristo, en la fe y en la gracia, sino como adquisiciones logradas por la fuerza humana. Lo hay, en consecuencia, —cuando la Presencia divina vivificante, la misma fe, en una palabra, quedan devaluados, como elementos accesorios, no

estrictamente necesarios para la salvación del hombre y de la sociedad.

Hay pelagianismo —cuando ya no se habla del pecado original, y de los destrozos enormes que causó y que sigue causando en la raza humana; es decir, cuando ya los hombres no son vistos como pecadores, absolutamente necesitados de salvación por gracia de Dios, sino como enfermos, curables en principio por terapias naturales. Hay pelagianismo —cuando la oración, concretamente la oración de petición, pasa a un segundo plano, se olvida o se niega (¿para qué pedir a Dios lo que el hombre puede conseguir por su propia voluntad?); —cuando falta el espíritu de acción de gracias y la alegría cristiana, humilde y esperanzada. Hay pelagianismo —cuando no hay vocaciones sacerdotales y religiosas; —cuando se adula al hombre (la juventud, la mujer, el obrero, el universitario, el científico o el intelectual), es decir, cuando el olvido sistemático del pecado original permite ignorar prácticamente que todo hombre (también si es joven, mujer, obrero, universitario, científico o intelectual) es indeciblemente miserable, falso, débil, sujeto al influjo del Maligno, y necesitado de salvación por gracia sobrenatural de Cristo.

Hay pelagianismo —cuando la Iglesia, la Eucaristía, los sacramentos y el culto litúrgico dejan de ser la clave de la transformación en Cristo de hombres y también de sociedades... Los que creen que su salvación es ante todo gracia de Cristo jamás se apartan de los manantiales litúrgicos de la gracia; pero los que esperan salvarse por

sus propias fuerzas malviven alejados de estas fuentes —lo que, dicho sea al paso, no alarma especialmente a los pastores pelagianos—. El paso que sigue al alejamiento crónico de la Iglesia es simplemente la apostasía.

Es pelagiano el cristianismo —cuando se limita a proponer valores morales enseñados por Cristo —verdad, libertad, justicia, amor al prójimo, unidad, paz, etc., valores en buena parte admitidos por el mundo, al menos teóricamente—, pero que no afirma que Cristo mismo es «la verdad», y que sin él se pierde el hombre en el error (Jn 14,6); que sólo él «nos ha hecho libres» (Gál 5,1); que sólo por la fe en él alcanzamos «la justicia que procede de Dios» (Flp 3,9); que sólo él ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo la fuerza del verdadero amor fraterno (Rm 5,5); que sólo él es capaz de congregar en la unidad a todos los hombres que andan dispersos, pues para eso dio su vida (Jn 11,52); y en fin, que sólo él «él es nuestra paz» (Ef 2,14).

El cristianismo es pelagiano —cuando laicos, sacerdotes y religiosos no pretenden la santidad, y aceptan pacíficamente como insuperable una mediocridad espiritual pestilente, a la que se creen con derecho. No intentan la santidad porque la estiman imposible, y es de necios pretender lo imposible. Y la creen imposible porque no cuentan con la gracia del Salvador omnipotente, sino con sus solas fuerzas humanas miserables. Esta optimista aceptación de la propia miseria personal puede conducir o bien a una alegría falsa y vulnerable —«me gusta cómo

soy»—, o bien a la depresión, a la desesperación, e incluso al suicidio.

Es pelagiano el cristianismo —cuando sobrevalora los medios naturales puestos al servicio de la evangelización: edificios y bibliotecas, grandes organizaciones, «días», «jornadas», «semanas», «años» innumerables de esto y de lo otro, congresos y asambleas, carteles grandes, manuales o trípticos, comisiones y coordinadoras de las comisiones, pantallas gigantes, eventos incontables... «Por sus frutos los conoceréis» (Mt 7,20)... Parturient montes... David se despoja de la coraza que Saúl le ha prestado, y con una honda y unas piedras derriba al gigante Goliat (1Sam 17). «No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias»... (Lc 10,4).

Apestan a pelagianismo los ambientes cristianos —cuando sobrevaloran las terapias naturales, por ejemplo, cuando los Centros —antes Casas de Ejercicios o Noviciados— ahora ofertan una macedonia de frutas espirituales exóticas: eneagrama, reiki, cursillos y libros de autoayuda, sofrología, yoga, meditación transcendental, dinámica de grupos, zen, new age en alguna de sus innumerables versiones...

En vida de Pelagio, en 414, exige San Jerónimo a un amigo en una carta durísima «que no acojan a través de aquellos homúnculos [los pelagianos] el excremento o, por decir poco, la infamia de tan graves herejías. Allí donde se alaba la virtud y la santidad, que no tenga morada la vergüenza de la presunción diabólica y de una compañía obscena. Sepan los que prestan ayuda a hombres de esa calaña, que

recogen a una multitud de herejes, y que son enemigos de Cristo y que alimentan a Sus adversarios» (ML 21,1147-1161).

* * *

Si hay pelagianismo cuando se dan los signos aludidos, debemos concluir que actualmente el naturalismo pelagiano es entre los cristianos la más fuerte tentación de error, al menos en el ambiente de los países ricos descristianizados. La negación del pecado original, la afirmación del hombre por sí mismo, la devaluación de la gracia de Cristo, y del mismo Cristo Salvador, es la raíz de todos los males que hoy se sufren en la Iglesia. Sencillamente, el pelagianismo es la apostasía de la fe cristiana.

«Podemos reconocer —escribía el profesor Canals en los años del Vaticano II— que en nuestros días, tras siglos de pensamiento y cultura ya emancipados de la inspiración cristiana, y mientras sería muy difícil advertir en los católicos el peligro de un pesimismo jansenista o de un predestinacionismo fatalista, es bastante general la ignorancia sobre los puntos más centrales de la salvación del hombre por la gracia de Jesucristo» (En torno al diálogo católico protestante, Barcelona, Herder 1966, 68). En efecto, según citaba la revista «30 días» (I-1991), en palabras del cardenal de Lubac, «nunca como hoy, a partir de los tiempos de san Agustín, que fueron también los de Pelagio, la idea de la gracia fue más ignorada». Y la revista citaba también al cardenal Ratzinger: «El error de Pelagio

tiene muchos más seguidores en la Iglesia de hoy de lo que parecería a primera vista».

Efectivamente, en el proceso de descristianización de los últimos siglos, se ha ido produciendo una reducción del Evangelio a un eticismo voluntarista, de estilo pelagiano, que dio lugar primero a un moralismo individual y ascético, más bien semipelagiano, y que ahora ha derivado en un moralismo social, muy poco ascético y en gran medida estéril. En todo caso, antes y ahora, se trata de un moralismo propio de «los enemigos de la gracia de Cristo – como dice San Agustín–, que confían en su propia fuerza» (ML 33,764), y que ven más a Cristo como ejemplo que como causa de salvación.

Estos neopelagianos ya no captan la gratuidad de la gracia, ni ven tampoco que sólo el Espíritu Santo puede renovar la faz de la tierra, y no pueden entender muchos textos de la Escritura: «Estáis salvados por la gracia y mediante la fe. Y no se debe a vosotros, sino que es un don de Dios; y tampoco se debe a las obras, para que nadie pueda presumir» (Ef 2,8-9). «Es Dios el que obra en vosotros el querer y el obrar según su beneplácito» (Flp 3,13).

* * *

La recuperación de la fe en el pecado original, es decir, en la necesidad de la gracia de Cristo, es absolutamente necesaria para que pueda producirse una nueva evangelización. El buenismo hacia el mundo y el hombre pecador, hoy tan apreciado, es absolutamente incapaz de evangelizar y suscitar conversiones. El cristianismo

pelagiano lleva más bien a la apostasía; es decir, es ya apostasía. Hoy evangelizaremos realmente en la medida en que, al modo de Cristo o de San Pablo, seamos capaces de decirle al hombre actual que está perdido, que está gravemente enfermo, que está muerto, y que sólo en Dios puede hallar por gracia la salvación: la verdad, la vida, la bienaventuranza temporal y eterna.

«Todos, judíos y gentiles, nos hallamos bajo el pecado», dice el Apóstol; por tanto, «que todo el mundo se confiese culpable ante Dios» (Rm 3,9.19). «Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos, y la verdad no estaría en nosotros»; más aún, «dejaríamos a Dios por mentiroso» (1Jn 1,8-10). Esta es la realidad, que ningún hombre honrado puede negar: «Todos se extravían igualmente obstinados, no hay uno que obre bien, ni uno solo» (Sal 13,3). Todos debemos confesar con San Pablo: «no sé lo que hago; pues no pongo por obra lo que quiero, sino lo que detesto, eso hago... Es el pecado que habita en mí» (Rm 7,15-24).

Rechaza el Evangelio el hombre que no se reconoce como pecador, como un enfermo gravísimo, condenado a muerte, y que morirá, ciertamente, si no hace penitencia (Lc 13,3.5). Rechaza a Cristo el que se dice: «no estamos tan gravemente enfermos, no necesitamos medicinas y regímenes severos de vida, podemos y debemos vivir como todos, hacer de todo y vivir sin tantos cuidados y melindres morales». Engañan a los hombres, y antes se engañan a sí mismos, los que suprimen la misma palabra pecado, sustituyéndola por otros términos más tranquilizadores:

«acciones desordenadas», «enfermedades de la conducta», «actitudes inadaptadas», «trastornos conductuales»... Si el pecado del hombre no es más que eso, con un poco más que progrese la medicina psicológica y la terapia sociológica se verá ya el hombre libre de sus males... No necesitamos, pues, al Salvador, ni a su Iglesia. No hay ninguna necesidad de hacer apostolado o de predicar el Evangelio en las misiones.

Pero no: «el hombre, en estado de pecado, no puede cumplir, sin la gracia, los preceptos de la ley natural, ni siquiera según las exigencias de la ética natural, durante un período largo de tiempo». Así lo enseñan los teólogos católicos, como Maurizio Flick–Zoltan Alszeghy. El hombre «no ha perdido la libertad, ni es capaz tan sólo de cometer pecados; puede, con sus solas fuerzas naturales, realizar algunos actos moralmente buenos». Por otra parte, «la gracia es absolutamente necesaria para todo acto saludable [meritorio de vida eterna]; incluso para el comienzo de la justificación» (El Evangelio de la gracia, Salamanca, Sígueme 1967, 814). El hombre, pues, es un enfermo tan grave que no puede curarse a sí mismo de su mortal enfermedad. Necesita absolutamente la gracia divina para pasar de la muerte a la vida, del pecado a la gracia, de las tinieblas a la luz. Por eso dice Jesús: «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). «Nadie va al Padre sino por mí» (14,6). Y esa verdad tan formidable exige reconocer esta otra verdad:

Hoy los hombres o viven en gracia de Dios o permanecen en el pecado. O crecen –conscientemente los fieles o

inconscientemente los infieles— como hijos de Dios bajo el influjo de su gracia o se van desarrollando en formas más o menos monstruosas, es decir, en formas contrarias a su vocación propiamente humana, vajo el influjo del Maligno. En otras palabras: o con el auxilio de la gracia se van configurando a Cristo, fieles a su condición de «imágenes de Dios», o se van desfigurando y degradando en modos de ser y de obrar perversos.

José María Iraburu, sacerdote

Post post.— La Iglesia sabe desde el principio que pueden salvarse quienes no conocen ni a Cristo ni a la Iglesia, sacramento universal de salvación. Sabe desde el principio que «en toda nación el que teme a Dios y practica la justicia le es acepto» (Hch 10,35). Teme a Dios = cree en Dios. Practica la justicia = según la luz de su conciencia. Le es acepto = vive en su gracia. Lo mismo que en el Evangelio Cristo hace milagros de sanación por contacto, imponiendo las manos, por ejemplo, y los hace también a distancia, es Él también quien salva a todos los hombres que se salvan o bien por contacto, dentro de la sociedad de la Iglesia, o a distancia, fuera de sus límites sociales.

En todo caso, como dice el Vaticano II, «en esta obra tan grande, por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima esposa la Iglesia» (SC 7). Ahora bien, estando este blog dedicado principalmente a lectores católicos, no he tratado aquí directamente la cuestión de la salvación de los no cristianos. Remito sobre tan grave cuestión a la

síntesis de la doctrina católica que se da en el decreto *Ad gentes* (7-8) del Vaticano II y en la declaración *Dominus Iesus* (6-VIII-2000) de la Congregación de la Fe (19-22).